

Mercado: encerrados en el presente*

Gerardo de la Fuente Lora*

I

¿Cuáles son los efectos del neoliberalismo sobre la cultura? ¿A qué nivel y cómo incide la apuesta intransigente por el mercado, más allá de sus resultados obvios en cuanto a pobreza, marginación y autoritarismo, en la conciencia de sí de nuestro tiempo, en las formas de pensarnos, proyectarnos, recuperarnos en la memoria y en la imagen de lo que habremos de ser? Preguntas éstas de difícil respuesta, máxime si consideramos que no hace mucho, sociedades enteras derrumbaron muros enarbolando explícitamente anhelos de lo mercantil, y apenas ayer grandes grupos latinoamericanos sufragaron a favor de proyectos neoliberales cuyo carácter y consecuencias no eran desconocidos. La seducción ejercida por el mercado no es, desde luego, cuestión de poca monta y no puede ser despachada por expedientes simples basados en categorías como el *engaño* o la *manipulación*. Aunque esto último seguramente existe, es menester hilar más fino, reparar en los fundamentos mismos del discurso económico, para ir extrayendo de ahí las claves, los signos de una fascinación mercantilista que refiere, es lo que creo, a núcleos centrales de nuestra cultura. En lo que sigue, trataré de examinar, someramente, un aspecto de estas cuestiones: la forma en que la teoría del mercado maneja una dimensión nuclear de la existencia: el presente.

* Ponencia presentada en el Coloquio Pensamiento y Cultura en la Universidad Latinoamericana, coordinado por el Dr. Hugo Zemelman y realizado en Cuernavaca, México, los días 7 al 9 de diciembre de 1995, bajo los auspicios de El Colegio de México, la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM.

• Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.

Si algo es, es ahora. Todo el tiempo en su infinita anchura se da en simultaneidad, en escenario único. María Zambrano enuncia en los siguientes términos esta preponderancia ineludible del presente:

(...) el tiempo se nos da a beber, su inmensidad oceánica se recoge y se da a beber en un vaso minúsculo; instantes que no pasan, instantes que se van, vislumbres, entrevisiones, pensamientos inasibles, y otro aire y aun otro modo de respiración. Y el cáliz del tiempo inexorablemente ofrece el presente. Siempre es ahora. Y si no es ahora, no es nunca, es otra vez sin el tiempo, la muerte que no es un más allá del tiempo.¹

Pero en esta gran corriente que se condensa toda en un vaso minúsculo, lo humano emerge como la capacidad de hacer divisiones, de separar las aguas, de distinguir en lo único que hay, parcelas de pasado y futuro, regiones de lo que fue y ámbitos de lo que será. Siempre es ahora y si no es ahora no es nunca. Aún así en este ahora habita también lo que ya no es y lo que todavía no llega a ser. O al menos esa es nuestra posibilidad o nuestro mandato. Y toda producción de los hombres, lo sepan ellos mismos o no, asume alguna forma de repartición de pasado, presente y porvenir, en el medio único de la simultaneidad. La teoría económica no es una excepción. Aún cuando hable, en la superficie, de cualquier otra cosa, es ya siempre una propuesta de lo que el presente es, de la manera en que lo simultáneo se disyunta o se une, se extiende o se retrae, se abre o se condensa en sí mismo.

II

El movimiento primero de la teoría del mercado consiste en recortar un lugar para colocar ahí la *utilidad*, una noción nunca del todo definida, bajo la que cabría englobar términos tales como felicidad o placer, tan ambiguos como el primero. Una gran división del mundo se realiza gracias a la cual la utilidad se localiza únicamente en determinados espacios, que llamare-

¹ Zambrano María, *El hombre y lo Divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 11.

mos de aquí en adelante *individuos económicos*. En ese mismo lugar exclusivo, la teoría pone todas las acciones y decisiones posibles. Sólo los individuos económicos, pues, poseen utilidades, toman decisiones y actúan. Sólo ellos son los sujetos del mercado y el mercado posee únicamente un tipo de sujeto.²

Los individuos económicos de los que aquí hablamos no deben confundirse con las *personas*, que, como tales, no forman parte de la teoría. Y no es que la gente concreta no sea importante para el mercado y la economía. Lo que ocurre es que los hombres singulares sólo cuentan en la medida en que pueda establecerse que incorporan, en su seno, a los individuos económicos construidos por la teoría como sus sujetos. El dispositivo para realizar esta identificación, para descubrir si efectivamente un individuo económico habita en nosotros, es lo que se conoce como la "teoría de la preferencia revelada". Amartya Sen expone en los siguientes términos la puesta en acción de esta última:

Si se observa que usted escoge *x* y rechaza *y*, se declara que usted tiene una preferencia "revelada" por *x* sobre *y*. Su utilidad personal se define entonces simplemente como una representación numérica de esta "preferencia", asignando una utilidad mayor a una opción "preferida".³

Más adelante critica Sen:

Se asigna un *ordenamiento de preferencias* a una persona, y cuando es necesario se supone que este ordenamiento refleja sus intereses, representa su bienestar, resume su idea de lo que debiera hacerse, y describe sus elecciones y su comportamiento efectivo. ¿Podrá hacer todo esto un ordenamiento de preferencias? Una persona así descrita puede ser "racional" en el sentido limitado de que no revele inconsistencias en su comportamiento de elección, pero si no puede utilizar estas distinciones entre conceptos muy diferentes, diremos que es un *tonto*.⁴

² En este análisis de la teoría del mercado, seguimos las elaboraciones de McKenzie Richard B. y Gordon Tullock, en *The New World of Economics, Explorations into the Human Experience*, USA, Richard D. Irwin Inc.

³ Sen, Amartya, "Los Tontos Racionales: una Crítica de los Fundamentos Conductistas de la Teoría Económica", en Hann Frank y Martin Hollis (Eds.), *Filosofía y Teoría Económica*, México, FCE, 1986, p. 180-181.

⁴ *Ibid.*, p. 202.

El hecho de que las personas prefieran, elijan, no sólo aporta un factor dinámico, un soporte vivo, a lo que de otra forma serían inertes agrupamientos de utilidad; también hace que esa dinámica se vuelva importante, más aún, deseable, defendible: seductora. La preferencia revelada asigna la utilidad, localiza al individuo económico en nosotros, pero al mismo tiempo vuelve eminente al hecho de optar; trae a colación la magnificencia, la no trivialidad de esos actos cotidianos por lo que preferimos ahora un disco a un libro, o quedarnos de pie en vez de sentarnos: hace de la preferencia una revelación en el sentido extraordinario por el que las páginas de la Biblia son algo más que manchas sobre papel; o bien una revelación como la salida del capullo de la nueva estrella juvenil; o como la transformación inesperada de aquel flacucho en un gran atleta; o, en fin, como el secreto descubierto del gobernante que se consigna en titulares a ocho columnas. Sobre todo eso: la revelación es la gran noticia.

Los tonos tenues y los ritmos pausados de las innumerables opciones cotidianas, desde cómo vestirse y si prender primero el cigarro o servir el café, adquieren una intensidad peculiar a partir de la teoría de la preferencia revelada. Elecciones mundanas que en la mayoría de los casos pasarían desapercibidas mientras pensamos en otra cosa o en nada, y que cuando estamos más a gusto hasta se podría fantasear que así debió ser el paraíso: un mundo sin responsabilidades y gozable; de pronto se convierten en índices, en revelaciones de un aspecto esencial de lo real. En palabras de Richard Mackenzie y Gordon Tullock:

en todo aquello que se refiere a los individuos, el Nirvana nunca será alcanzado(...) El individuo nunca obtendrá un mundo perfecto y, por lo tanto, debe aceptar la segunda mejor opción, que consiste en maximizar su utilidad a través de su conducta.⁵

Pero es extraña la forma en que a partir del hecho de optar se infiere algo acerca de la imperfección del mundo. Este punto queda mejor ilustrado si se considera la definición de *costo* que

5 Mckenzie y Tullock, *op. cit.*, p. 10.

aporta la teoría del mercado: "El costo de hacer o tener algo es el valor de la propia mejor alternativa a la que se renuncia cuando se hace una elección".⁶

¿Por qué hacer cualquier cosa ha de tener un *costo*? Con toda seguridad, en la mayoría de mis elecciones cotidianas la introducción de la palabra "costo", con sus resonancias de pena, esfuerzo y tristeza, de resignación en todo caso, estaría fuera de lugar. Pues, ¿cuál sería el costo de que decidiera no ir al teatro sino al cine, sobre todo si fuera el caso de que precisamente tengo ganas de ver una película? Sin duda pueden existir situaciones en que me pese no poder realizar algo, ocasiones en que decidir sea efectivamente un acto traumático y las palabras "costo" y "renuncia" operasen como buenas descripciones. Pero ello no elimina los múltiples momentos en que puedo obtener gustosamente lo que me apetece, al menos lo que deseo temporalmente, sin sentir tras de mí la pesada carga de la renuncia.

Por lo demás, ¿en qué sentido puede afirmarse una renuncia de lo que no se ha poseído, tenido o ejercido? Si elijo desarrollar una vida académica y no hacer carrera de bohemio en la música, cuando no he aprendido a cargar siquiera un instrumento, ¿en verdad estoy renunciando a la música? ¿Acaso todas mis decisiones me empobrecen, aunque sólo fuera porque me hacen patentes los "costos", es decir, las renunciaciones que el hecho de vivir conlleva?

Cuando el escoger se ilumina hasta la revelación, adquiere una urgencia característica tras la que resuenan los temas de la finitud y de la muerte. Porque si las opciones son de pronto relevantes en el sentido de que impliquen un "costo" y obliguen a maximizar la utilidad, ello se debe a que tengo un tiempo limitado, a que puedo morir en cualquier momento. Valoro las alternativas, consumir esto o aquello, pensando en que si elijo una, ya no me va a dar tiempo de realizar la otra: mi muerte es la renuncia definitiva, completa, es el costo máximo que revela y es revelado por todas las decisiones.

A diferencia de las filosofías que todavía interrogan y a veces aventuran respuestas, aunque cada vez más precarias,

6 *Ibid.*, p. 11.

provisionales, sin afanes de absoluto, en torno a la finitud; en el campo del mercado y las teorías que giran en su órbita reina una especie de generalizada resignación, de consenso en torno a no preguntar demasiado, sino más bien dosificar, administrar, de la manera más eficaz posible, la amenaza de desaparición que se cierne sobre la vida humana. Maximizar la utilidad, buscar las estrategias para lograr la segunda mejor opción, pues la primera está vedada, constituyen el designio y la oferta. Pero hay demasiado apresuramiento en esa composición de tonalidades opacas, resignadas. Pues un hiato enorme separa a la constatación de la finitud de la administración sistemática de la amenaza de muerte, esa que vuelve relevantes hasta la incandescencia todas las opciones, hasta las más triviales.

La teoría económica cierra las exclusas y se pierde la posibilidad de trascendencia, de ruptura de los límites, aunque sólo fuese en la ficción, incluyendo en este último género a la ética universalista en todas sus variantes. La muerte segura pasa de ser un paisaje de fondo, a convertirse en una obligación dosificada en la necesidad de valorar, de asignar "costos" a todas las cosas, a las que se tienen y a las que nunca se tendrán. Esta resignación, que podría ser calificada a veces como razonable, incluso sana para transitar por la vida obteniendo los (segundos) mejores resultados, guarda una incómoda paradoja, pues al mismo tiempo que ensalza la posibilidad de escoger, de realizar, invoca, impone, obsesivamente, el fantasma de la finitud. El recordatorio permanente: imposibilidad de trascender, obligación de asignar costos y renunciar.

Lo que pone en juego aquí la teoría, la constante amenaza de muerte a través de cada elección, está basado todo en el supuesto de que cuando optamos por algo renunciamos al mismo tiempo a otra cosa. ¿Sin embargo, cuál es el estatuto ontológico de esa "segunda mejor alternativa a la que se renuncia". Aquello que no elegí, *no era*: no lo poseía, no lo había ejercido, no lo tenía. Pero según la teoría, aquel No-Ser, era eminentemente un Ser, con un valor de realidad exactamente equivalente a lo que tuve, a lo que realicé, por el hecho de haber optado efectivamente por ello. El presente que nos impone la teoría económica se vuelve así sobrepoblado, exhaustivo, masivo. Porque ahora frente a mí, en este vaso minúsculo en que se da el tiempo todo, están todas las cosas en una actualidad

sin sombras. Todo es, en efecto. Tanto lo que selecciono como lo que rechazo. Nada en el presente es hipotético o potencial. Cada vez que selecciono, que consumo, un jabón por ejemplo, es como si hubiese tenido todos los jabones en la mano, y el hecho de comprar significara el doloroso proceso —la renuncia— por el que mi cargamento me fuese arrancado de las manos hasta dejarme sólo una pieza. Y la amenaza de muerte en este presente lleno de sí mismo: en cada nueva elección podría serme arrebatada la última mercancía, podría alcanzarse el costo máximo, la máxima renuncia.

III

El mercado no es sólo preferencia revelada en el sentido de algo que se descubre y se da a una persona pasiva, sino que supone, además, un compromiso, un involucramiento del individuo: implica, por tanto, poner en juego no sólo "preferencias" sino también y, sobre todo, "intereses". Ya lo dice el lugar común: el mercado es el espacio de confluencia de los "intereses individuales". La forma en que opera, al interior de la teoría económica, la noción de "interés", con el conjunto de sus resonancias y diversidad de cargas semánticas, también resulta iluminadora en relación al carácter del "presente" que nos ofrece dicha teoría. Para captar adecuadamente esta cuestión, hemos de dar un largo rodeo por los armónicos que convoca el término.

En la teoría económica el concepto de interés ha llegado a tener una significación estrecha, que lo identificó con el deseo de lucro. Pero la historia de la noción es extremadamente antigua, y su polisemia compleja. Entre las resonancias diversas que aún convoca el vocablo, el interés puede aprehenderse como atención concentrada que supone un cálculo, cierta astucia; así como el cobro relacionado con los préstamos. El término implicaría, además, una cierta valoración o una determinada relación con el mundo: algunos ámbitos de la vida, algunas cosas, reclaman una actitud especial, son merecedoras de "interés" en medio de otras actitudes posibles. La noción refiere entonces a una cierta cualidad de lo dado que nos llama: es cuando decimos que algo "es interesante".

El interés, al mismo tiempo, nos empuja y nos jala. Como cuando dedicamos cuerpo y alma a la consecución de algo, o cuando nuestra curiosidad se ve atraída como por un imán hacia ciertas cosas o actividades. Nos interesa entonces la filosofía, el arte, la mecánica, las estampillas postales. Y en tal contexto, cuando afirmamos “me interesa la filosofía de Kant”, connotamos con ello una actitud seria, grave, a la vez que otra levemente voluptuosa, una inclinación devoradora. El lado voluptuoso se acentúa en algunas expresiones, por ejemplo cuando decimos que nos interesa una mujer; pero aún en ese caso, un cierto cálculo hace su aparición: queremos alcanzarla y tenerla con el talante de quien inicia la persecución de su presa. La parte de medida y estrategia puede en algunos momentos llegar a un punto mínimo, como en la situación de quien se interesa por Dios y llega al martirio; o bien el héroe, cuyo interés por el honor rebasa todo cálculo y puede resolverse en la ofrenda, sin contraparte, de su propia vida.

En su voluptuosidad y en el cálculo que supone, el interés puede ser extremadamente diverso. Si consideráramos, como decíamos arriba, que el interés incorpora características de las cosas mismas —cualidades que las harían proclives a ser interesantes de suyo— podríamos aprehender la imagen de individuos atravesados por miríadas de intereses, jalonados hacia direcciones y profundidades disímolas. No es necesario que postulemos que la unidad de los intereses estaría dada por la calculabilidad o la voluptuosidad que al parecer los distingue en todos los casos. Porque podría ocurrir que las formas de calcular, de elaborar estrategias para enamorar a la amada, o para adquirir un automóvil, fuesen todas ellas singulares; lo mismo que la pasión que nos embarga al leer a Kant, no parece similar a la que nos arroba en la exploración de una piel anhelada. Sin duda se podría intentar encontrar denominadores comunes. Habría que tomar entonces decisiones respecto a la relevancia o al carácter accidental de las diferencias. De cualquier forma, ello no eliminaría sin más la complejidad del término y aún habría que explicar la especificidad adquirida por el interés en cada esfera hacia la que se dirige. Y en relación a esto último, el interés supone, es cierto, una orientación, una dirección, un movimiento—hacia. Pero de ello no se sigue que todas las inclinaciones, todos los “gestos—hacia” sean reducti-

bles a uno solo, o que todas las direcciones apunten al mismo destino. Podría ocurrir que las orientaciones no se ubicaran en el mismo plano. Podría suceder, incluso, que la dirección no tuviera un lugar y que la voluptuosidad se consumara y consumiera en sí misma; que se manifestara, más que como afán devorador, como arrobamiento en la serenidad.

No cabe duda que el término deja abierta la posibilidad de que todas las direcciones, cálculos y voluptuosidades fueran equivalentes en algún sentido. Pero subrayemos, *deja abierta esa posibilidad sin eliminar con ello la hipótesis contraria*, a saber, que cada interés fuese inconmensurable con los demás. En todo caso, la palabra, el interés, establece una tensión entre lo particular y lo general de cada dirección, cálculo y voluptuosidad en los que pudiéramos vernos comprometidos.

Examinemos una última resonancia del interés: el cuidado, la procuración. Porque acaso no sea tanto la calculabilidad, el diseño de estrategias óptimas para alcanzar fines, o la voluptuosidad, lo que se pone en juego cuando nos interesamos en algo; sino más bien la atención, los sentidos alertas. No tanto la estrategia, el plan, sino la delicadeza requerida, la habilidad para movernos en cada terreno, para pisar en los lugares y con la fuerza adecuada, como gato sobre la repisa. Lo que nos interesa reclama nuestro cuidado, y precisamente por ello nos compromete. Pero se trata de un involucramiento no necesariamente fuerte, en el que no siempre ha de haber juramento de banderas. El interés supone compromiso, pero establece una entrega que, por un lado, está sujeta a las variaciones de la voluptuosidad que él mismo convoca —de tal forma que podríamos romper nuestro compromiso por exceso o falta de celo— y, por otra parte, no hay nada en el interés que implique únicamente permanencia o estabilidad. Es por ello que los filósofos (Hume, Adam Smith) siguieron incluyendo al interés en la lista de las pasiones humanas, tan evanescentes ellas, a pesar de considerarlo más fuerte o predecible que otros tipos de apasionamiento.

La teoría económica actual, en términos generales, reduce el interés y lo unifica en torno al deseo de lucro, además de hacer convertibles todas las demás pasiones al mismo afán. Empobrece el término, lo mutila. Postula que sólo hay una dirección, un cálculo y una voluptuosidad. Sólo hay un interés.

De los inicios de la Economía Política Clásica a las elaboraciones contemporáneas, los hombres pasan de ser plétoricamente apasionados, a ser uniformemente interesados.

Y sin embargo al emplear la misma palabra, interés, y al evocar con ella una miríada de armónicos que refieren a concepciones más ricas y diversas de antaño, el mercado y su teoría van tejiendo su seducción. En las resonancias incorporadas a lo que de otra forma serían sólo operaciones técnicas de suma de utilidades, se gesta la verosimilitud de una teoría que en buena medida consiste en un cálculo matemático.

IV

Un extraño efecto se produce en el discurso económico cuando se conjuntan las resonancias del “interés” y las de la “revelación” en la teoría de la preferencia. Cuando se pone de manifiesto la finitud, la amenaza de muerte, ensalzando hasta el climax el hecho de optar –cuando se subraya que todo tiene un costo, como si todo, hasta lo que no es, estuviera presente y a la mano–, el elemento del cuidado, de la procuración, que late en la noción del interés, se ilumina hasta la incandescencia, adquiere una urgencia extraordinaria. Tenemos poco tiempo y tenemos que renunciar; es necesario, por tanto, aguzar la habilidad y la destreza, extremar la atención, profundizar al máximo el cuidado. El compromiso débil que supone el interés en una de sus acepciones, se endurece: nuestra entrega se solidifica por la finitud. Pero el mercado, al mismo tiempo que acrecienta la gravedad del involucramiento, recupera eficazmente la ligereza que tenía el interés cuando era considerado una pasión como cualquier otra. Porque la mano invisible, o la suma algebraica de las utilidades individuales, nos garantizan que los efectos de nuestras opciones serán finalmente filtrados por un mecanismo automático tan inasible como sabio.

“La virtud del mercado es que dispersa la responsabilidad por las decisiones y sus efectos” –constata Daniel Bell.⁷ La

⁷ Bell, Daniel, *Las Contradicciones Culturales del Capitalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 223.

revelación nos deja en una situación ambigua en la que somos agudamente responsables y al mismo tiempo todo estaba ya escrito, o, en todo caso, depende de un dispositivo –cuasidivino– incognoscible con certeza, en el que se puede confiar, tener fe. Pero a diferencia de lo que esta ambigüedad produce, o está orientada a producir en el terreno religioso (la comunidad, la re–ligatio), en el espacio del mercado da lugar al encerramiento solipsista del individuo al interior de sus fronteras.

Esto es así porque las acciones individuales, dispersas, caóticas, producen un orden general a costa de eliminar la intersubjetividad. Los individuos no se enfrentan unos con otros, sino cada uno con el sistema de precios como tal. En lugar de la palabra o la comunidad, se pone en práctica un cálculo solitario de utilidad. No hay relación con nadie sino con algo que se presenta como exterior y objetivo, como la naturaleza no humanizada:

Bajo competencia perfecta –afirma Spiro Latsis–, los participantes no compiten realmente unos con otros. La situación puede ser comparada a la de un jugador en un juego de “n” personas, donde “n” es muy grande. Tales juegos son reducibles a juegos de una persona contra la naturaleza, donde el oponente no tiene ni objetivos ni estrategia conocidos.⁸

En el paso del individuo a la comunidad, del consumo particular a la demanda global, no hay, como podría encontrarse en Hobbes, Rousseau, Hume o Kant, el establecimiento de una esfera de la ética–política. El orden se produce, pero de manera externa respecto a los individuos: una simple suma de los costos y beneficios de cada uno que se realiza mecánicamente y en silencio. Mientras que tras la “mano invisible”, tal como la propone la metáfora de Smith, todavía podría barruntarse la presencia de al menos una sombra de lo humano (como fantasmagoría divinizante, si se quiere); detrás de los sumandos y operaciones que realizan hoy las teorías económicas solamente queda una callada, y sin figura reconocible, formalidad matemática.

⁸ Citado por Keohane Robert O., *After Hegemony. Cooperation and Discord in the World Political Economy*, USA, Princeton University Press, 1984, p. 28.

Sobre todo eso: el silencio de un cálculo. A todo lo largo de la teoría contemporánea del mercado, nunca aparece la capacidad de las personas para hablar y ello a pesar de que uno de los elementos que sin duda tienen mucho que ver con la seducción mercantil, consiste en los ecos de los parlamentos vivos, agitados, paradigmáticos de la escena comunitaria, que tienen lugar en la plaza, el tianguis, el mercado en ese viejo sentido en que el regateo ejerce su reino. Si los individuos de la teoría económica tuviesen, con todo y su silencio, un lenguaje, este constaría únicamente de componentes lógicos, sería un esqueleto, un sistema estrictamente formal que permitiría realizar operaciones de cálculo y derivación.

El carácter formal de ese lenguaje estaría vinculado a la amenaza de muerte que late tras la teoría de la preferencia revelada. Porque si todas las opciones se vuelven imperativas, si se establece un presente general sobrecargado, entonces todas las expresiones tienen que adquirir la forma del indicativo presente del verbo ser. Todo es: tanto lo que tengo o puedo alcanzar, como aquello que jamás he tenido y a lo que “renuncio” porque, a pesar de todo, en este espacio lo que no ha sido también es. ¿O no es cierto que sólo puedo renunciar a lo que es? Este copamiento del espacio por la presencia sin vacíos, procrea necesariamente una preeminencia del enunciado indicativo. Al mismo tiempo, como señala Derrida al analizar la fenomenología de Husserl, dicha preeminencia abre las puertas para una formalización sin término. El dominio del presente supone, afirma Derrida, “un núcleo de sentido lógico, en la forma universal y pretendidamente silenciosa de lo que es presente”; y más adelante añade una consideración que, aunque dirigida a la filosofía, es pertinente para nuestro tema:

Podemos entonces pensar que el sentido del ser ha sido limitado por la imposición de la forma que, en su valor más abierto y desde el origen de la filosofía, le habría asignado, con la autoridad del es, el cierre de la presencia, la presencia-en-la forma, la forma-presencia. Podemos pensar, por el contrario, que la formalidad –o la formalización– está limitada por el sentido del ser que, de hecho, en la totalidad de su historia, nunca ha

sido separado de su determinación en presencia, bajo la excelente vigilancia del es...⁹

El mercado implica, pues, encerramiento en un presente sin desgarraduras. Y por ello, en caso de que el individuo poseyera lenguaje alguno, este sería indicativo y formalizable, al tiempo que su “relación con los demás” –si hubiera alguna–, sólo podría ser análoga al nexo que mantienen entre sí las proposiciones en un cálculo lógico.

Individuos atrapados en la presencia, porque todo es, y sobre todo, aherrojados en el “es”, en la presencia –sin fisuras– de cada uno: enclaustramiento en los propios límites, sin posibilidad de trascenderse, de no ser algo, de tocar al otro. Encarcelamiento en la presencia, prisión del presente.

V

A puertas cerradas, el mercado restringe el futuro: la elección –lo indeterminado, lo que está por construirse, lo que no es– se reduce a *selección* porque ya todo es. Carece de sentido, ahí, en el ámbito de la presencia, una afirmación como la de George Steiner: “la capacidad del hombre para hablar de “los combates navales de mañana” posee el extraño poder de dar forma al mundo”,¹⁰ porque el mundo ya siempre tiene y es la forma misma.

Donde falta la posibilidad de “negar lo que es”, de ubicarse en otro lugar y no en la presencia-presente; ahí donde el enunciado en indicativo reduce y se reapropia, en un sistema lógico, lo condicional, hipotético y ficcional, lo falso, la mentira, el enmascaramiento, el maquillaje de las palabras; ahí donde lo que es y lo lógico se identifican, los individuos terminan encerrados, sin escapatoria, en sí mismos. Porque sólo “gracias

⁹ Jacques Derrida, “La forma y el querer-decir”, *Márgenes de la Filosofía*, España, Cátedra, 1989, pp. 211–212.

¹⁰ George Steiner, *Después de Babel. Aspectos del Lenguaje y la Traducción*, México, FCE, 1980, p. 171.

al “maquillaje” del lenguaje, el hombre logra, al menos en parte, salir de su propia piel”¹¹.

¿Cómo puede seducir un mercado en el que los individuos se condensan silenciosamente en sí mismos, rehenes de un presente irrebasable y de unos límites propios no superables? ¿Qué extrañas sonoridades convoca un mundo de silenciosas soledades cuyos balances de utilidad producen un “orden”?

Sin duda, hay en el ámbito de la presencia total, de la formalidad, un eco lejano que todavía atrae al oído: la universalidad de la forma, la homogeneidad del lenguaje, el antes de Babel. No constituye una paradoja menor, sin embargo, el que la lengua general, franca, aisle, separe. Como si la purificación hasta lo lógico se llevase consigo las puertas y ventanas de las mónadas, y todas las aberturas, dejando sólo un mundo pleno, terriblemente lleno de presencia, y callado. Y, con todo, parados en la frontera del territorio mercantil, sobre los muros que rodean la ciudad universal de la presencia, aún podríamos saber que estamos ante un silencio específico, lógico, formal, *el silencio del mercado*, diferente de otras posibles ausencias de sonidos que no buscan aislar sino comunicar: las de los abismos de la mística, por ejemplo.

La consistencia y textura del presente, la finitud, la ansiedad ante la pluralidad de las lenguas, el interés y las pasiones, la procuración de sí, la renuncia: la melodía de las preguntas fundamentales resuena bajo el timbre sordo del mercado, aunque minada, retorcida, metódicamente empobrecida, aunque apenas audible. Su eco lejano es suficiente, sin embargo, para seducir. Habría que retomar esos temas profundos, elevar su volumen, recrearlos, escucharlos y darles nuevas soluciones, nuevas perspectivas. Habría que hacerlo ya si no queremos que la resignada fascinación mercantil, el neoliberalismo, siga campeando en este nuestro tiempo. Y habría que hacerlo ahora, “porque si no es ahora no es nunca.”

11 *Ibid.*, p. 259.